

TERCER PREMIO CATEGORÍA B

INÉS LÓPEZ LÓPEZ, 4º B

TODAS LAS HISTORIAS QUE UN DÍA MI ABUELA ME CONTÓ

Durante todos los veranos de mi vida me he ido a vivir a casa de mi abuela.

El primer día de las vacaciones mi abuela nos recogía a mi primo y a mí, y con el coche lleno de cosas, nos íbamos al pueblo.

Todos mis veranos son iguales: los mismos amigos, las mismas rutinas, las mismas comidas, los mismos juegos, las mismas películas a la hora de la siesta. Ha sido siempre igual menos por una cosa. Más o menos a los 8 años mi abuela dejó de contarnos historias que usaba para mantenernos tranquilos y a las horas que quería en casa.

Para que no nos acercáramos a la carretera por la noche, nos contaba que había un jinete sin cabeza que iba sobre un caballo blanco. Según ella el jinete nos iba a llevar con él.

Para que nos fuéramos a dormir antes de las doce, nos decía que se juntaban los tejados. Así que, justo antes de media noche, todos los críos del pueblo corríamos a nuestras casas. Al llegar mi abuela nos preguntaba «¿Estáis oyendo cómo se juntan?». Y supongo que mi imaginación de niña pequeña hacía que de vez en cuando escuchara los tejados acercándose los unos a los otros.

También tenía historias para que no fuéramos a los bosques de alrededor del pueblo. Mi preferida siempre fue la del Ojanco. El Ojanco era un monstruo cubierto de pelo marrón, de dos metros y con un solo ojo. A pesar de todas las descripciones que nos daba de él, yo siempre lo imaginé como el *Bigfoot*. Vivía escondido en cuevas y cazaba animales para alimentarse. Por las noches bajaba al pueblo y se comía las gallinas de la gente. De vez en cuando iba a nuestra casa y se llevaba alguna.

Desde muy pequeños nos encantó a mi primo y a mi explorar casas abandonadas y, cómo no, mi abuela tenía historias para evitar que nos coláramos donde no debíamos. Mi pueblo es muy pequeño, por lo que en los últimos años muchas casas se han quedado completamente vacías, y en cada una de ellas había un fantasma distinto. Mi abuela decía: «No paséis, que dentro se ahorcó el dueño de la casa», «En esa casa un hombre mató a otro», «Una niña entró en esa casa, una de las vigas se le cayó encima y se murió...». Y así tenía una para cada casa.

A las afueras del pueblo hay algo parecido a un estanque; normalmente está seco, pero cuando llueve, todo se embarra. Mi abuela decía que unos niños se metieron a nadar y se quedaron atrapados en el barro y poco a poco se fueron hundiendo en él.

Por el pueblo hay repartidos pozos que utilizaban para sacar agua, ya que en las casas no había. Contaba que los pozos estaban comunicados y una mujer, que se había caído mientras los hacían, vivía en ellos, y si me asomaba, me cogería y me llevaría con ella al fondo del pozo.

Como estas historias, mi abuela tenía infinidad que contar; y no sé cómo lo hizo, pero consiguió que todo el mundo la ayudara a que parecieran reales. Una noche se escondieron unos chavales para recrear el galopar del caballo del jinete; otra vez mataron una gallina y, vestidos con una sábana blanca, iban dejando rastros de sangre por todas las calles. También ponían las manos manchadas de barro en la puerta de los pozos y nos decían que habían visto a los fantasmas.

Consiguió mantenernos en casa tranquilos durante mucho tiempo, pero con los años descubrimos que los tejados no se juntaban, que las gallinas que desaparecían el día que comíamos cocido no era culpa del Ojanco y que en las casas no había fantasmas. Nos hemos llenado de barro hasta los ojos y hemos construido todas las cabañas que hemos podido por los bosques. Y ahora que mi abuela no nos cuenta historias, somos mi primo y yo quienes se las contamos a la gente que llega nueva al pueblo.